

## **SE NOS VIENE FIN DE AÑO**

Con toda honestidad y sin necesidad de mucho empeño puedo recordar, aún, el intenso calor del 2 de enero.

Al mediodía de aquel día resultaba insoportable estar a la intemperie.

Pero, de aquello, ya ha transcurrido un año.

No, no tenga miedo que no habré de decir que el año pasó volando puesto que eso es lo que se dice todos los años al llegar a estas fechas por más que sepamos que el tiempo pasa, siempre, a una misma velocidad.

Somos nosotros quienes le damos esa impronta de volar o arrastrarse.

Ha transcurrido un año y, sin lugar a dudas, han quedado atrás un sinnúmero de vivencias que ya son recuerdos.

Son esos recuerdos que nos han permitido crecer y madurar como personas puesto que, ellos, han pasado a ser parte de nosotros.

Son esos recuerdos que se llegaron a nuestra vida para hacernos vivir experiencias distintas porque nuevas.

No todos nuestros recuerdos poseen un mismo signo, en cuanto a la razón de su presencia en nosotros, pero todos, absolutamente todos, se han llegado hasta nosotros para enseñarnos.

No solamente nos enseñan las vivencias positivas que hemos podido vivir. Las negativas también tienen su razón y su enseñanza.

Vivir un año es aprender y cuando llegamos al fin del mismo descubrimos, con asombro, lo muchísimo que nos ha regalado Dios para que aprendamos.

Siempre nos ponemos, al comenzar el año, metas. Algunas son alcanzadas y a otras, el mismo transcurrir del año se encarga de hacernos saber que las debemos posponer para prestar atención a otras que así nos lo reclaman.

Es que resulta imposible vivir un año desde lo individual. Los demás también viven y sus vivencias, en oportunidades, se entrecruzan con las nuestras haciendo que lo colectivo se integre a lo individual.

No es fácil lograr cumplir con todas nuestras metas propuestas puesto que, en el transcurso del año, están esas otras exigencias que nos reclaman y exigen.

Al cerrar el año lo verdaderamente importante no es detenernos a mirar lo que nos ha quedado por realizar sino en poner toda nuestra atención en lo logrado, en lo vivido, en lo aprendido.

Siempre, invariablemente siempre, cerramos el año con algún deber pero, también, con muchísimo en nuestro haber.

Es allí donde debemos centrar nuestra mirada para alentarnos a mirar un mañana que, también, habrá de tener sus exigencias nuevas.

Podemos mirar con tranquilidad el mañana porque esas realidades que están en nuestro haber nos están haciendo saber que somos capaces de aprender las lecciones que la historia nos va enseñando por más que tengamos muy en claro aquello de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

No es que no aprendamos las lecciones de la historia, es que nos empeñamos en modificar a la misma historia por más que todo nos haga saber que posee razón.

La historia nos hace saber, una y mil veces, que la violencia engendra más violencia pero seguimos aferrados a ella puesto que nos resulta, aparentemente, un camino mucho más rápido para imponer nuestras ideas.

Continuamos, tozudamente empeñados, en la segura certeza de que son los demás los que están urgidos de un cambio, por más que todo nos haga saber que somos, cada uno de nosotros, los grandes necesitados de un cambio.

Es mucho más fácil esperar un cambio desde los factores externos que vivir el compromiso de un cambio desde realidades internas.

Al cerrar el año todo se debería agolpar en nuestro interior para hacernos estallar en un sincero acto de agradecimiento a Dios que nos ha permitido muchísimas vivencias que nos han permitido crecer.

Cerrar el año debe ser un, sin duda, un acto de gratitud reconocida para con Dios que muchísimo nos regala.

**Padre Martín Ponce de León SDB**